

tratemos de conservar la que pueda corresponderle al gran vilanovano por sus aportaciones a la ciencia y a la libertad de pensamiento.

Así debieron reconocerlo muchos hombres de bien cuando erigieron hace pocos años el monumento a la memoria de M. Servet en Annemasse. Por cierto que la agresividad de las tropas nazis se manifestó en Annemasse desmantelando el monumento que en honor de Servet erigiera la solidaridad internacional. No les valió el bronce de la noble efigie para ganar la guerra aunque sí para recolectar un poco más de oprobio al mucho que juntaron.

La edición de la UNAM está realizada con el esmero que acostumbra, y creo que este libro de Harvey y el estudio que le precede habrán de rendir provecho a los escolares y a los estudiosos de la ciencia.

—José Puche

---

*Historia natural de la agresión*, compilado por J. D. Carthy y E. J. Ebling (trad. de Juan Almela). 234 pp. Siglo XXI Editores, México, 1966.

---

La historia de la ciencia es pródiga en sorpresas. Apenas habrá un fenómeno más universal y de más vastas consecuencias que el fenómeno de la agresividad y, sin embargo, su estudio científico es relativamente reciente. El propio fundador del psicoanálisis, fascinado por sus descubrimientos acerca del papel patógeno de la sexualidad trastornada en su evolución, tardó muchos decenios en reconocer el valor autónomo de los impulsos agresivos, a los que, al fin, ubicó dentro de un existencialismo biológico como sombríos servidores de la muerte. La agresividad, en la medida en que podía servir a fines políticos o económicos, fue ampliamente racionalizada (justificada en nombre de ideales, a veces pacifistas y constructivos) y en sus manifestaciones antisociales fue sencillamente proyectada hacia fuera, como algo animal,

patológico, en última instancia no-humano. Pero tanto la racionalización como la proyección suponen una represión previa del fenómeno originario, cuyo rostro no se puede mirar de frente, porque provoca angustia. Llega un momento, sin embargo, en que hay que afrontar la verdad cuando las contradicciones que nos la ocultan se han hecho demasiado flagrantes o demasiado peligrosas. El potencial destructivo acumulado en el armamento atómico es tan absolutamente desproporcionado respecto de cualquier finalidad humana constructiva imaginable, que es preciso preguntarse por las raíces y el sentido biológico de esa tendencia que ha dado origen a tales instrumentos de destrucción y que parece fascinada por ellos. Cerca de cuarenta científicos se reunieron en simposio en octubre de 1963 en el British Museum (Natural History) justamente con el propósito de aunar sus esfuerzos en pro del esclarecimiento científico de este problema. Las contribuciones y discusiones de este simposio acaban de aparecer en castellano. Participaron en él biólogos, etnólogos, psicólogos, psicoanalistas, sociólogos e historiadores. Las comunicaciones no tienen desperdicio. Cinco de ellas están consagradas al estudio de la agresividad en el reino animal; otras cuatro abordan diversos aspectos fisiológicos, psicológicos y psicopatológicos del fenómeno; los cinco últimos están dedicados a la sociología y antropología de la agresividad humana, con una atención especial al fenómeno de la guerra y sus implicaciones en la edad atómica.

El acuerdo entre biólogos y etólogos (estudiosos estos últimos del comportamiento animal comparado) es prácticamente completo: todos ellos distinguen la agresividad interespecífica (entre animales de especie diferente), cuyo ejemplo más común es la que enfrenta al predador y a la presa, de la agresividad intraespecífica (entre individuos de la misma especie). En ambos casos se trata de comportamientos instintivos, pero si en el primero la justificación biológica es evidente,

no lo parece tanto en el segundo: ¿qué ventajas puede traer a una especie animal el que sus individuos luchen entre sí hasta la muerte? Los etólogos descubren varias: la distribución de territorios, de tal manera que cada individuo disponga de un habitat y de comida suficientes, la selección del "mejor" para la defensa de la familia o la sociedad, el establecimiento de jerarquías, de gran trascendencia para el aprendizaje y la cooperación en los animales sociales, etc... Con todo, los peligros de la lucha entre congéneres son demasiado evidentes y de ahí que la evolución haya inventado una serie de mecanismos comportamentales para inhibir o hacer más raras y peligrosas tales luchas. La mayoría de esos mecanismos tienen el carácter de comportamientos ritualizados.

Los psicoanalistas coinciden con los etólogos en reconocer a la agresividad el carácter de un instinto autónomo, de producción endógena, pero que puede ser activado especialmente por la frustración y que puede descargarse en múltiples formas: cuando no puede hacerlo directamente sobre el causante de la frustración, lo hará sobre un chivo expiatorio o se volverá contra el propio sujeto, dando lugar al componente masoquista de las conductas patológicas.

El acuerdo entre sociólogos, historiadores y psicólogos, en cambio, no es tan unánime. Para el antropólogo Freeman "la perpetua agresión y crueldad del hombre histórico... se explica sólo... en términos de sus orígenes carnívoros y caníbales" (p. 172). Para el sociólogo Andreski la causa de las guerras sería, en última instancia, el desequilibrio —señalado por Malthus— entre la población y los recursos vitales. El historiador J. Burton, en fin, no cree que exista una agresividad innata en el hombre, pero aunque la hubiera, no funcionaría al nivel de los estados soberanos: no hay estados agresivos.

Naturalmente todos estos estudios se inspiran en un deseo: descubrir el modo de evitar las desastrosas consecuencias de la agresividad

para la especie humana y sobre todo la más terrible de todas las previsible: la guerra atómica. Etólogos y psicoanalistas están de acuerdo en reconocer que los instintos agresivos son inerradicables y cumplen una función biológica; se trataría entonces de encontrar sucedáneos sanos y positivos para sus manifestaciones patológicas o antisociales. Nadie cree en los tratados de paz perpetua ni en la panacea de un gobierno mundial. Una participante echa de menos una discusión del punto de vista marxista de la lucha de clases como causa de guerra. Esta ausencia es, en efecto, sensible. El territorialismo (cuya última motivación es ecológico-alimenticia en los animales y económica en el hombre), la jerarquización social, la defensa de los valores grupales, etc., siguen siendo motivo y justificación de la agresividad humana tanto como en las otras especies animales, pero en el hombre acaban transformándose en conflictos ideológicos que enmascaran, distorsionan y agudizan las realidades biológicas de base.

"Es evidente, dice Andreski, que siempre tiene que haber alguna lucha en las sociedades humanas, pero sólo si es por las necesidades vitales habrá muertes. Pero preguntaremos: ¿por qué los hombres siempre combaten por las necesidades vitales? ¿Por qué no comparten las cosas sencillamente y viven en paz?" En su opinión la respuesta la dio Malthus y de ahí que proponga como solución el control de la natalidad. Pero evidentemente esta solución no puede ser sino parcial. Es preciso encontrar sucedáneos a la guerra: el psicoanalista Storr y el etólogo Lorenz proponen las luchas ritualizadas (a través de la competición espacial, deportiva, científica, etc.). Pero habría que desenmascarar primero las ideologías agresivas que, utilizando el mecanismo paranoide de la proyección, ven siempre en "el otro" (el negro, el comunista, el imperialista, etc.) las deficiencias y las intenciones turbias que uno no se atreve a reconocer en sí mismo.

—Armando Suárez